

# ARTE Y REVOLUCIÓN

Carlos Guevara Meza \*

*Hoy crear, es crear peligrosamente.*

Albert Camus

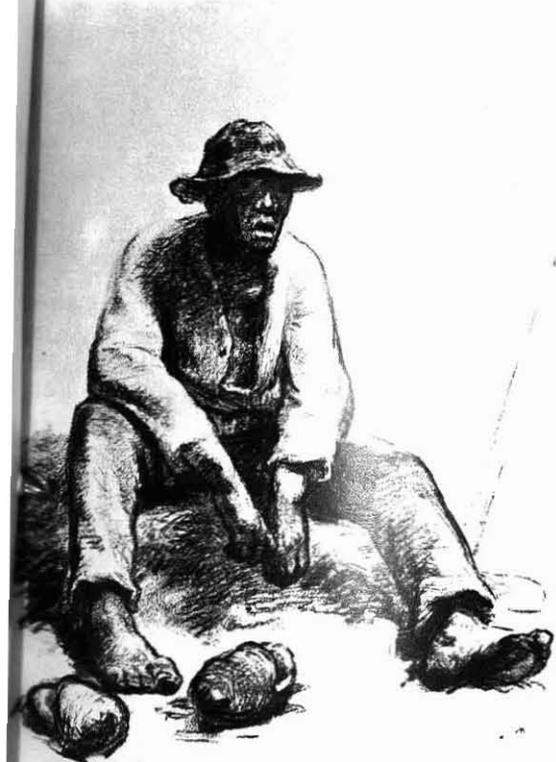
## LA REVOLUCIÓN Y LO SUBLIME

**S**in duda la Revolución francesa inaugura nuevos imaginarios y por ella se pasa de un arte que habla de la revolución (David y *La muerte de Marat*) a uno que es en sí mismo revolucionario (Delacroix y *La libertad guiando al pueblo*, donde más que el tema lo innovador es la combinación formal –solidez piramidal de lo clásico

con dinamismo diagonal de lo barroco– y la ambigüedad retórica – indefinición consciente entre la alegoría renacentista y el realismo crítico de izquierda–). Lo revolucionario en el arte implica dos finalidades que en principio tendrían que estar unidas: la transformación del mundo y el hombre; la transformación del arte. Y define una estrategia basada en un efecto estético, complicado pero apasionante, que Burke y Kant comienzan a definir casi al mismo tiempo que ruedan las primeras cabezas a manos del Terror: lo sublime.

Sensación simultánea de aversión y deseo, vértigo que se experimenta ante aquello que sobrepasa por completo nuestras capacidades físicas y anímicas, y que por ello *nos obliga* a una mirada totalizadora y ética. Esa fuerza inconmensurable con la mía (“golpes como del odio de Dios”, dirá César Vallejo años después) me sobrepasa no como individuo, sino como especie, no en *mi* particularidad, sino en *nuestra* universalidad, y en ese sentido nos reintegra a nuestra humanidad esencial. Disuelve aquello que nos separa y distingue, y devuelve lo que nos une e iguala. Frente a lo bello que, si acaso, es una invitación, lo sublime me fuerza.

Y en la estética de lo sublime dos espacios resultan privilegiados: la naturaleza y la historia. La naturaleza en su grandiosidad (Constable) o en su violencia (Turner). La historia en la muestra de la heroica capacidad del hombre de sobreponerse a la adversidad (de nuevo Delacroix o Géricault en *La balsa de la Medusa*) o la posibilidad igualmente ilimitada del ser humano para convertirse en una bestia (Goya y *Los desastres de la guerra*).



Millet, *Campesino*

\* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y del Centro Nacional de las Artes

## ÉTICA Y RECHAZO

No debe sorprender, por tanto, la decisiva influencia que socialistas, anarquistas y comunistas tienen en el mundo del arte: Godwin, Diderot, Rousseau, Proudhon, Bakunin, Marx, Rushkin, Morris, Sorel, Kropotkin, incluso Engels se vuelven referentes clave en las discusiones de artistas durante los siglos XIX y XX en todo Occidente (incluyendo América latina). También Nietzsche, por supuesto. El arte ha de ser liberador y libertario: debe liberar a los hombres, a los objetos, los comportamientos, las sensaciones, las emociones, los cuerpos. Sólo una revolución total es una verdadera revolución, y no es posible sin el arte.

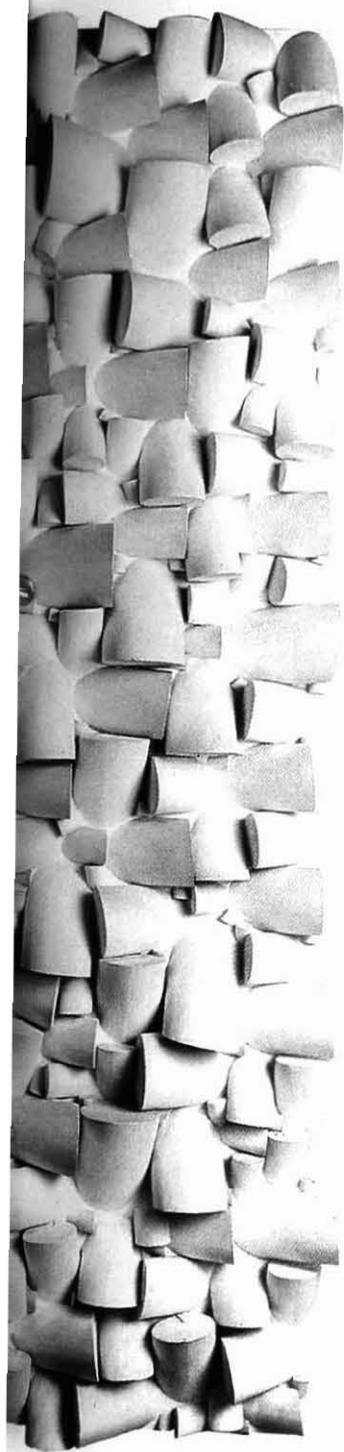
Así, todo el arte que hoy consideramos importante de esta modernidad posromántica es arte de oposición, de rechazo de lo establecido, y de rechazados por lo establecido. Prácticamente es requisito para ser considerado gran artista haber pasado por el *Salón des refusés*. Las variaciones estilísticas y los diversos movimientos podrían leerse como respuestas tácticas a la situación política: en tiempos de reflujos y reacción, un arte sutil (Millet y el *Ángelus*, dos campesinos de tamaño natural—el formato ya los define como heroicos— haciendo sus oraciones, mientras en el horizonte los tonos rojizos del amanecer o atardecer recuerdan, peligrosamente, las barricadas en llamas de las revueltas de París); o de plano de huida y no colaboración (el arte por el arte de Gautier). En tiempos de rebelión y agitación: la vanguardia, insolente, radical, pagada por sí misma y muchas veces vinculada orgánicamente con los movimientos sociales (el muralismo mexicano con el PCM, el teatro anarquista argentino con la FORA, el constructivismo soviético, el dadaísmo y el surrealismo con la resistencia antifascista en Alemania y España).

## REVOLUCIÓN Y "POSMODERNIDAD"

A decir del chileno Martín Hopenhayn

la revolución era pensada como el momento y el *momentum* en que la historia se rompía mediante una acción consciente y colectiva: la inflexión en el rumbo, la apropiación fundacional del presente [...] aunque la hicieran unos pocos, nos redimía a todos de la alienación capitalista, de los pequeños y sordos dramas del individualismo burgués y de la viscosa contaminación de la explotación [...] Atrás quedarían nuestras dudas y nuestras vergüenzas [...] la imagen de una revolución posible y plena de sentido suponía la plena compenetración de la vida personal con la vida de los pueblos, la comunión sin fisuras entre un proyecto de vida y un proyecto de mundo, la justificación redonda y compacta para la propia existencia personal (*Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América latina*, FCE, Santiago de Chile, 1995, págs. 18-19).





La derrota (o fracaso) de los movimientos del 68 pone en duda la idea y el ideal de revolución, aunque ella siga triunfando, de vez en cuando, fuera de Occidente (Vietnam, Nicaragua). El 68 marca una inflexión, luego seguida de la gran crisis de los setenta que terminó con la era dorada de crecimiento sostenido del orden mundial posterior a la segunda gran guerra. Esta crisis fue leída exclusivamente en clave económica, de modo que sus implicaciones culturales pasaron inadvertidas. Empero, en el ámbito de la cultura se dio una conmoción sobre el plano de las sensibilidades y de los saberes que afectó todo tipo de subjetividades. La Guerra Fría implicaba la orden de no permitir más revoluciones en Occidente y su área de influencia. La caída del Muro: que ninguna revolución sería ya posible.

La ausencia de este referente utópico tuvo y tiene fuertes implicaciones culturales en la vida cotidiana. Sin el referente de lo colectivo, se cae en un individualismo que no se vive como emancipación gozosa y libertaria de las restricciones sociales y las estrategias disciplinarias del poder, sino como soledad y desamparo frente a fuerzas inconmensurables, ciegas e incontrolables. Sin la reapropiación del tiempo y de la transformación implícita en la revolución, el vértigo del cambio no se experimenta más como posibilidad de mejoría, sino como inestabilidad y precariedad de lo obtenido; más aún, sin la perspectiva temporal abierta por la posibilidad de una modificación radical, aquellos acontecimientos (derrotas, sufrimientos, sacrificios) que podían ser considerados pasajeros, momentáneos o provisionales, se vuelven permanentes e ineludibles. Pero aunque la revolución sufra un proceso de obsolescencia, es claro también que varios de los sentidos utópicos que portaba y porta siguen presentes en las representaciones sobre el futuro que animan a los que enfrentan la lógica dura del neoliberalismo global, de modo que habría que reflexionar sobre qué caminos y modos tienen estas nuevas traducciones de la esperanza y el cambio de órdenes y de vida.

Si bien la corriente principal del arte contemporáneo en los últimos diez años se ha integrado plenamente a las lógicas de un mercado internacional que sólo en el año 2000 facturó alrededor de 20 mil millones de dólares—o quizá es la corriente principal precisamente por estar integrado al mercado—, también es cierto que en todas partes del mundo hay manifestaciones estéticas que, como diría Galeano, “no reivindicán el privilegio de la indiferencia” y rechazan tajantemente el lema conservador “No hay alternativas”. Un arte que no requiere validarse al exhibirse en Nueva York o París, sino que, precisamente por estar en las calles, en las plazas, en los barrios de las otras ciudades, recupera el sentido de una tradición crítica y libertaria, y puede aún poner en cuestión la subjetividad individualista, pesimista, abúlica que nos está llevando al desastre. ●

Sergio Camargo,  
Gran relieve No. 5139/104